

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLIS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. azer

Domingo 02.10.2016

El Papa en Azerbaiyán: La trama de la fe y la urdidumbre del servicio

El Papa se embarcó esta mañana a las 6,10 (hora local, 8,10 hora de Roma) en el aeropuerto georgiano de Tiflis –donde fue despedido por el Presidente de la República Giorgi Margvelashvili y por el Patriarca Ilia II– rumbo a Azerbaiyán, la segunda etapa de su viaje apostólico en el Caucaso. El logo de la visita del Santo Padre a ese país representa el encuentro entre lenguas de fuego (colores de Azerbaiyán, la “tierra del fuego”) y la cruz amarilla (bandera vaticana). En el centro un sol que irradia rayos de misericordia en el año jubilar convocado por el Santo Padre. El lema es “Todos somos hermanos”, tomado del evangelio de san Mateo.

A su llegada a Baku, capital de Azerbaiyán, a las 7,30 (hora local), el Papa fue recibido por el vicepresidente del gobierno, ya que se trató de una ceremonia esencial, sin discursos y solamente con la presencia de una Guardia de honor. Desde el aeropuerto Francisco recorrió en automóvil los 23 kilómetros que le separaban de la iglesia de la Inmaculada donde celebraría la santa misa.

La primera iglesia dedicada a la Inmaculada Concepción, el primer templo católico en Baku, fue construida entre 1909 y 1912 y demolida por los bolcheviques en 1931. Con el renacimiento público de la comunidad católica de Baku en 1992, un pequeño grupo de católicos escribió una carta al Vaticano pidiendo un sacerdote que presidiera las funciones religiosas. Tras la visita en 2002 de san Juan Pablo II, la comunidad católica se desarrolló ulteriormente y el presidente Aliyev decidió destinar un terreno para la construcción de una iglesia que sustituyera la destruida. Surgió así la nueva iglesia de la Inmaculada Concepción, completada en 2007 y consagrada solemnemente por el entonces Secretario de Estado, el cardenal Tarcisio Bertone. La iglesia forma parte del Centro Salesiano donde el Papa y su séquito se hospedan tras la misa.

Los Salesianos llegaron a Azerbaiyán a principios del 2000 y se les asignó la misión de Baku, que pasó a ser más tarde prefectura apostólica de Azerbaiyán. Actualmente la pequeña comunidad de salesianos que representa todo el clero del país está formada por seis sacerdotes, tres religiosos y un joven azerí en formación para ser diácono. Sus actividades principales son el Centro Salesiano Maryam, un centro educativo para niños y adolescentes y los comedores para pobres y refugiados. Junto con ellos, las Misioneras de la Caridad, muy activas con los ancianos y los más pobres de la sociedad y desde 2015, también hay dos Hijas de María Auxiliadora, llegadas para iniciar una comunidad en Baku.

Unas trescientas personas esperaban al Santo Padre en la iglesia de la Inmaculada y, en la homilía que

pronunció, Francisco se sirvió de la imagen de las espléndidas alfombras azerís para recordar que Dios, desea hacer de cada uno de nosotros una obra maestra de la creación y de la historia. Cada alfombra, dijo, se va tejiendo según la trama y la urdimbre; sólo gracias a esta estructura el conjunto resulta bien compuesto y armonioso. Así sucede en la vida cristiana: hay que tejerla cada día pacientemente, entrelazando una trama y una urdimbre bien definidas: la trama de la fe y la urdimbre del servicio.

Sigue la homilía pronunciada por el Papa Francisco:

La palabra de Dios nos presenta hoy dos aspectos esenciales de la vida cristiana: la fe y el servicio. A propósito de la fe, le hacen al Señor dos peticiones concretas.

La primera es del profeta Habacuc, que suplica a Dios para que intervenga y restablezca la justicia y la paz, que los hombres han destruido con la violencia, las disputas y las contiendas: «¿Hasta cuándo, Señor —dice—, pediré auxilio sin que tú me escuches?». Dios, en su respuesta, no interviene directamente, no resuelve la situación de modo brusco, no se hace presente con la fuerza. Al contrario, invita a esperar con paciencia, sin perder nunca la esperanza; sobre todo, subraya la importancia de la fe. Porque el hombre vivirá por su fe. Así actúa Dios también con nosotros: no favorece nuestros deseos de cambiar el mundo y a los demás de manera inmediata y continuamente, sino que busca ante todo curar el corazón, mi corazón, tu corazón, el corazón de cada uno; Dios cambia el mundo cambiando nuestros corazones, y esto no puede hacerlo sin nosotros. El Señor quiere que le abramos la puerta del corazón para poder entrar en nuestra vida. Esta apertura a él, esta confianza en él es precisamente lo que ha vencido al mundo: nuestra fe. Porque cuando Dios encuentra un corazón abierto y confiado, allí puede hacer sus maravillas.

Pero tener fe, una fe viva, no es fácil, y de ahí la segunda petición, esa que los Apóstoles dirigen al Señor en el Evangelio: «Auméntanos la fe». Es una hermosa súplica, una oración que también nosotros podríamos dirigir a Dios cada día. Pero la respuesta divina es sorprendente, y también en este caso da la vuelta a la petición: «Si tuvierais fe...». Es él quien nos pide a nosotros que tengamos fe. Porque la fe, que es un don de Dios y hay que pedirla siempre, también requiere que nosotros la cultivemos. No es una fuerza mágica que baja del cielo, no es una «dote» que se recibe de una vez para siempre, ni tampoco un superpoder que sirve para resolver los problemas de la vida. Porque una fe concebida para satisfacer nuestras necesidades sería una fe egoísta, totalmente centrada en nosotros mismos. No hay que confundir la fe con el estar bien o sentirse bien, con el ser consolados para que tengamos un poco de paz en el corazón. La fe es un hilo de oro que nos une al Señor, la alegría pura de estar con él, de estar unidos a él; es un don que vale la vida entera, pero que fructifica si nosotros ponemos nuestra parte.

Y, ¿cuál es nuestra parte? Jesús nos hace comprender que es *el servicio*. En el Evangelio, en efecto, el Señor pone las palabras sobre el servicio después de las referidas al poder de la fe. Fe y servicio no se pueden separar, es más, están estrechamente unidas, enlazadas entre ellas. Para explicarme, quisiera usar una imagen que os es familiar, la de una bonita alfombra: vuestras alfombras son verdaderas obras de arte y provienen de una antiquísima tradición. También la vida cristiana de cada uno viene de lejos, y es un don que hemos recibido en la Iglesia y que proviene del corazón de Dios, nuestro Padre, que desea hacer de cada uno de nosotros una obra maestra de la creación y de la historia. Cada alfombra, lo sabéis bien, se va tejiendo según la trama y la urdimbre; sólo gracias a esta estructura el conjunto resulta bien compuesto y armonioso. Así sucede en la vida cristiana: hay que tejerla cada día pacientemente, entrelazando una trama y una urdimbre bien definidas: *la trama de la fe y la urdimbre del servicio*. Cuando a la fe se enlaza el servicio, el corazón se mantiene abierto y joven, y se ensancha para hacer el bien. Entonces la fe, como dice Jesús en el Evangelio, se hace fuerte y realiza maravillas. Si avanza por este camino, entonces madura y se fortalece, a condición de que permanezca siempre unida al servicio.

Pero, ¿qué es el servicio? Es posible pensar que consista sólo en ser fieles a nuestros deberes o en hacer alguna obra buena. Pero para Jesús es mucho más. En el Evangelio de hoy, él nos pide, incluso con palabras muy fuertes, radicales, una disponibilidad total, una vida completamente entregada, sin cálculos y sin ganancias. ¿Por qué Jesús es tan exigente? Porque él nos ha amado de ese modo, haciéndose nuestro siervo «hasta el extremo», viniendo «para servir y dar su vida». Y esto sucede aún hoy cada vez que celebramos la

Eucaristía: el Señor se presenta entre nosotros y, por más que nosotros nos propongamos servirlo y amarlo, es siempre él quien nos precede, sirviéndonos y amándonos más de cuanto podamos imaginar y merecer. Nos da su misma vida. Y nos invita a imitarlo, diciéndonos: «El que quiera servirme que me siga».

Por tanto, no estamos llamados a servir sólo para tener una recompensa, sino para imitar a Dios, que se hizo siervo por amor nuestro. Y no estamos llamados a servir de vez en cuando, sino a *vivir sirviendo*. El servicio es un estilo de vida, más aún, resume en sí todo el estilo de vida cristiana: servir a Dios en la adoración y la oración; estar abiertos y disponibles; amar concretamente al prójimo; trabajar con entusiasmo por el bien común.

También los creyentes sufren *tentaciones* que alejan del estilo de servicio y terminan por hacer la vida inservible. Donde no hay servicio, la vida es inservible. Aquí podemos destacar dos. Una es dejar que el *corazón se vuelva tibio*. Un corazón tibio se encierra en una vida perezosa y sofoca el fuego del amor. El que es tibio vive para satisfacer sus comodidades, que nunca son suficientes, y de ese modo nunca está contento; poco a poco termina por conformarse con una vida mediocre. El tibio reserva a Dios y a los demás algunos «porcentajes» de su tiempo y de su corazón, sin exagerar nunca, sino más bien buscando siempre recortar. Así su vida pierde sabor: es como un té que era muy bueno, pero que al enfriarse ya no se puede beber. Estoy convencido de que vosotros, viendo los ejemplos de quienes os han precedido en la fe, no dejaréis que vuestro corazón se vuelva tibio. Toda la Iglesia, que tiene una especial simpatía por vosotros, os mira y os anima: sois un pequeño rebaño pero de gran valor a los ojos de Dios.

Hay una segunda tentación en la que se puede caer, no por ser pasivos, sino por ser «demasiado activos»: es la de *pensar como dueños*, de trabajar sólo para ganar prestigio y llegar a ser alguien. Entonces, el servicio se convierte en un medio y no en un fin, porque el fin es ahora el prestigio, después vendrá el poder, el querer ser grandes. «Entre vosotros —nos recuerda Jesús a todos— no será así: el que quiera ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor». Así se edifica y se embellece la Iglesia. Retomo la imagen de la alfombra, aplicándola a vuestra hermosa comunidad: cada uno de vosotros es como un espléndido hilo de seda, pero sólo si los distintos hilos están bien entrelazados crean una bella composición; solos, no sirven. Permaneced siempre unidos, viviendo humildemente en caridad y alegría; el Señor, que crea la armonía en la diferencia, os custodiará.

Que nos ayude la intercesión de la Virgen Inmaculada y de los santos, en particular santa Teresa de Calcuta, los frutos de cuya fe y servicio están entre vosotros. Acojamos algunas de sus espléndidas palabras, que resumen el mensaje de hoy: «El fruto de la fe es el amor; el fruto del amor es el servicio; y el fruto del servicio es la paz».
